

PALABRAS PRONUNCIADAS EN EL ACTO DE APERTURA DEL  
ENCUENTRO CONMEMORATIVO DEL DÉCIMO ANIVERSARIO DEL  
ENCUENTRO NACIONAL ECLESIAL CUBANO

*Iglesia Santa Catalina de Siena, La Habana,  
21 de febrero de 1996*

Cuando se cumplen diez años exactos de la celebración del Encuentro Nacional Eclesial Cubano, nos reunimos de nuevo los obispos de Cuba con sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos venidos de todas las diócesis de nuestro país. Solo que actualmente el número de diócesis ha crecido y ya son diez. Por lo tanto, también se ha visto aumentada nuestra Conferencia Episcopal. Somos ahora doce los pastores que guiamos la Iglesia que peregrina en Cuba. Alabamos al Señor y le damos gracias porque ha asistido de modo especial a la Iglesia en Cuba en este decenio.

Nos acompañan para esta importante reunión de nuestra Iglesia, en signo de comunión eclesial, el obispo de Higüey, República Dominicana, Mons. Ramón de la Rosa Carpio, quien también representa al Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. Están presentes, además, hermanos cubanos residentes fuera de nuestro país tanto sacerdotes como laicos.

Entre los participantes e invitados no he mencionado al Emmo. Sr. Cardenal Carlo Furno porque su presencia entre nosotros tiene un significado más alto y entrañable. Como delegado personal, nombrado especialmente por el Papa Juan Pablo II, él preside este encuentro en representación del Santo Padre.

A través de su persona, Eminencia, antes que toda otra palabra, queremos los obispos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y laicos de Cuba hacer llegar al Sucesor de Pedro nuestra adhesión cordial y el afecto filial de todos los católicos cubanos.

Gracias por estar entre nosotros, compartir nuestras reflexiones y animarnos con el testimonio de afecto del Santo Padre, a quien Su Eminencia representa tan dignamente ante nosotros.

En los diez años transcurridos desde la celebración del aquel primer Encuentro Eclesial, ha crecido la población cubana, pero ha crecido también la Iglesia, que ha visto multiplicarse sus diócesis y los movimientos laicales; ha aumentado también la cantidad de religiosas de diversas congregaciones que han venido a dar su aporte valioso a la evangelización de nuestro pueblo. Son, además, numerosos los sacerdotes que, viniendo de distintos países, tienden la mano a la Iglesia en Cuba en momentos de tanta urgencia pastoral. Entre ellos es de destacar la presencia de varios sacerdotes latinoamericanos que realizan su acción pastoral en nuestro país. A todas estas hermanas y a todos los hermanos sacerdotes y religiosos queremos agradecer su imprescindible colaboración con esta Iglesia que ellos sienten suya.

También se han multiplicado, en estos diez años transcurridos, las iniciativas pastorales y la Iglesia ha visto crecer el número de sus fieles, mientras se da un prometedor aumento de las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Los católicos cubanos hemos experimentado, con profunda gratitud al Señor, el despertar de la conciencia de nuestro pueblo a ese llamado interior que el ser humano no siempre escucha, pero que en algunos momentos de la vida personal, familiar o social, pareciera hacerse más acuciante en el corazón del hombre. En algunos, este llamamiento se hace pronto certeza de fe, en otros es sospecha y casi siempre desemboca en búsquedas. Estas se producen en un entorno humano donde, justamente, se ha empobrecido en ciertos aspectos el mundo del espíritu, y se debilita la adhesión común a los valores que, en gran medida, son sustentados por aquel.

Aparece pues, precisamente, este llamado, como un ansia de espiritualidad, como un deseo de reencontrar valores perdidos o descubrir nuevos valores que pudieran dar un sentido a la vida, sobre

todo en el orden personal. Este andar pudiera resumirse o describirse como una exploración en busca de esperanza.

Muchos poetas surgen en estas épocas de la historia, algunos excelentes. Muchas sanas inquietudes abrigan los corazones juveniles, y la creatividad, a veces críptica, encuentra variados cauces de expresión. Un reflejo de todo ello lo tenemos en las publicaciones de la Iglesia Católica, donde se recoge el sentir y el pensar de algunos hermanos cubanos católicos o no.

Sin ser exhaustivo quiero mencionar la revista «*Vivarium*», de alto nivel literario y conceptual, publicada por el Centro de Estudios de la Arquidiócesis de La Habana; la revista «*Vitral*», órgano del Centro Cívico-Religioso de la Diócesis de Pinar del Río; la revista «*Palabra Nueva*», también de la Arquidiócesis de La Habana, dirigida a un público más amplio, pero cuya producción se enmarca dentro de ese modo serio y comprometido de aproximarnos a la verdad y de procurar el bien común, incluyendo, en este último, el bien inestimable de la cultura, que, además, de ser deleite y ejercicio intelectual, es oferta de posibilidades a hombres y mujeres, especialmente a los jóvenes, de ejercitar su pensamiento y habituarse a obrar en sus vidas no por impresiones, por instintos o por mimetismo, sino por medio de la interiorización, desarrollando así su capacidad, a veces dormida, de escoger entre lo bueno para decidirse por lo mejor. Otras publicaciones con características en cierto grado similares han ido apareciendo en estos años en casi todas las diócesis de Cuba: «*Iglesia en Marcha*» en Santiago de Cuba, «*Boletín Diocesano*» en Camagüey, «*Presencia*» en Matanzas, «*Amanecer*» en Santa Clara y, más recientemente, «*Fides*» en Cienfuegos y «*Nazaret Hoy*» en Holguín.

Son modestos los medios de impresión y nos faltan los recursos mínimos indispensables para producir, desde el punto de vista técnico, algo mejor. También deben mejorarse y ampliarse los contenidos de esa producción literaria y periodística y por ende informativa y formativa. Pero la aceptación de católicos y no católicos, la asiduidad y premura con que inquietan por la aparición del nuevo número, las cartas expresivas y abundantes que envían a las redacciones los lectores compensan los esfuerzos y animan a seguir venciendo los obstáculos.

Como pasa siempre en épocas de búsqueda, lo propiamente religioso ha estado muy presente. Me refiero al deseo de oración, a un gusto renovado por el culto religioso, incluso en sus aspectos ceremoniales, a un redescubrimiento de que el templo que muchos se habituaron a ver a escasos metros de sus casas es algo más que un venerable edificio histórico y que no solo alberga gente que cree y reza, sino que es recinto de paz, lugar de encuentro con el misterio del Dios desconocido y cercano, que puede traerles a sus corazones sosiego, tranquilidad y aun fortaleza para enfrentar las pruebas de la vida.

Es necesario decir que en Cuba se había hecho del ateísmo una especie de religión oficial. Pero es también imprescindible hacer otra constatación. En esta década que nos separa del ENEC, de manera progresiva, el ateísmo ha perdido esas características entre nosotros. Cada vez menos se descubre aquella muralla de separación entre creyentes y no creyentes. Esto ha constituido un gran bien para nuestro pueblo, pues el tratamiento más libre del tema religioso y la mayor libertad para expresar la fe, alivia las conciencias de extrañas represiones internas y evita, en muchos casos, la simulación o la doblez; ayuda además a la fraternidad entre todos los cubanos, pues cualquier tipo de discriminación divide a los pueblos.

Sin pretender hacer filosofía de la religión, es necesario destacar que en toda andadura religiosa está presente la tentación mágica. El Dios de Jesucristo, el que estremece las conciencias con sus exigencias de verdad y de amor, que no se contenta con ritos: «*Hipócritas, ustedes lavan la copa por fuera y en su interior están llenos de podredumbre*», este Dios es tremendo; exige un cambio de corazón: «*Si ustedes no son mejores que los escribas y los fariseos no entrarán en el Reino de Dios*».

Las exigencias éticas de la fe cristiana con respecto a la persona individual, a la familia y al comportamiento social, son de difícil aceptación: «*Quien quiera ser mi discípulo que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga*». Es verdad que el mismo Jesús, manso y humilde de

corazón, convoca a todos los «cansados y agobiados» y les dice: «yo los aliviaré». Pero muchos solo quisieran el alivio de la fe, pero no se deciden a cargar con «el yugo llevadero y la carga ligera» que Jesucristo pone siempre sobre nuestros hombros.

De ahí la proclividad a lo religioso ritual despojado de compromiso personal, a la expresión a veces frenética de la fe, como una visualización del actuar de Dios que parezca asegurar al mismo tiempo una especial protección de la divinidad. Pero el riesgo de la verdadera fe religiosa es ese primitivo aseguramiento mágico, que me descifre el porvenir, que no me obligue a pensar en la historia ni a actuar en ella, sino que me ayude a escapar de ella, aunque sea por medio de ilusiones.

El Padre Félix Varela lo llamaba superstición y puede darse dentro de la Iglesia Católica, en grupos religiosos no católicos de tipo entusiasta, como algunos evangelistas, que creen hallar en su mismo estilo de reunión y de oración una suerte de meta casi total en su vida de fe. Más que todo, entre nosotros encontramos esas tendencias en las tradiciones afrocubanas casi todas sincréticas, pero que, por las razones que acabo de exponer y por su esoterismo, son explotadas como elemento folclórico y turístico. Hay ocasiones en que pareciera haberse sustituido el ateísmo de Estado, como una especie de credo oficial, por la santería cubana como religión nacional.

La fe religiosa es beneficiosa para el ser humano en la medida que comporta una transformación en su vida; pero los elementos mágicos, sea en el catolicismo, sea en el evangelismo, sea en la santería, configuran el riesgo de lo que el Padre Varela llama la superstición, con todas sus consecuencias nefastas.

No es de temer una fe religiosa que enseña a pensar para que los sentimientos estén esclarecidos y orientados según la verdad, el bien, la justicia y el amor; sí es riesgosa para los pueblos toda religiosidad que se vuelve solo rito mágico, que produce únicamente sensaciones y que no genera compromisos con la vida y con la historia.

Por esto, la Iglesia Católica ha estructurado en estos años una pastoral juvenil que tiene en cuenta la formación integral del joven y de la joven, promoviéndolos en todos los órdenes como seres humanos. Esta preocupación está también presente en la formación religiosa de los adultos que llegan a nuestras comunidades. No puede injertarse el cristianismo sobre un tronco humano débil o dañado, hay que sanearlo primero. Esta es tarea de la Iglesia en estos momentos, al acoger a tantos hermanos nuestros de cualquier edad que se acercan a la fe.

En consonancia con lo que muchos han llamado el despertar religioso del pueblo cubano, la Iglesia hizo, en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano, una clara opción evangelizadora y el espíritu misionero ha estado presente y actuante en todas las diócesis de Cuba. Al recorrer toda nuestra isla de occidente a oriente, la Cruz del Quinto Centenario de la Evangelización, los laicos católicos cubanos, durante el período de siete años que duró ese recorrido, hicieron la experiencia de salir a evangelizar, visitando las casas, tocando a las puertas, anunciándoles a Cristo a los centenares y miles de fieles que visitaron nuestras iglesias al paso de la Cruz.

En varias diócesis, el recorrido misionero de la imagen de la Virgen de la Caridad constituyó un acontecimiento de proporciones multitudinarias. Miles de católicos salieron a las calles en muchísimos lugares para acompañar a la Virgen. Los católicos cubanos hemos comprendido en todo su alcance la expresión del Papa Juan Pablo II cuando dijo que María es la estrella de la Nueva Evangelización. Y en barrios del campo o de la ciudad, en pueblos nuevos sin templo han surgido en las casas de los cristianos verdaderas comunidades de fe y de oración.

Como se ve, las mismas posibilidades nuevas que se abren a la Iglesia para el anuncio del Evangelio llevan en sí también nuevos desafíos: ¿Cómo llegar a tantos que esperan el mensaje de Jesús y que desean participar en la vida sacramental de la Iglesia, si no tenemos el número suficiente de sacerdotes, si nuestras posibilidades de construir nuevos templos, y en algunas diócesis de levantar las ruinas de los ya existentes, son hasta ahora casi nulas? En ciertos aspectos, en nada ha

variado la situación de la Iglesia con respecto a lo que expresa el Documento Final del ENEC, sobre todo en lo referente a los condicionamientos externos y de orden material, que afectan la vida y la acción de la comunidad católica.

Pero este Encuentro Conmemorativo no se celebra, sin embargo, dentro del mismo marco referencial del ENEC. La historia de la humanidad y la de nuestro país han experimentado cambios profundos en estos diez años. Quizá lo más relevante sea, en el ámbito mundial, el tipo de economía global que se impone de modo casi inexorable y que no permite la opción de aceptarla o no, sino que hace que la mayoría de los pueblos reorienten sus planes para, al menos, paliar los efectos negativos que ella puede traer consigo; pero cuidando, al mismo tiempo, no quedar fuera de su dinámica, pues ello equivaldría a una riesgosa marginación de graves consecuencias para el futuro.

Asistimos al final de un siglo y de un milenio y coincidentemente al cambio de una era. El desarrollo técnico, el acceso múltiple y libre a la información y a los sistemas informáticos determinan ya más la posibilidad concreta de desarrollo en las naciones que un número alto de ingenieros o de biólogos. De la capacidad concreta de los gobiernos para maniobrar dentro de esas nuevas coordenadas dependerá, en gran parte, el desarrollo y la felicidad de los pueblos.

Enemigos de esta posibilidad evolutiva serán la corrupción, el conservadurismo, la cerrazón ideológica, la incapacitación científica y técnica de las nuevas generaciones, el desconocimiento o el desentendimiento de esas megatendencias del nuevo mundo que nace, etc.

La Iglesia, en medio de este desafío, también global, tiene que alzar su palabra profética en cualquier lugar para recordar la primacía del hombre sobre las leyes ciegas de la economía y de la técnica, para recordar a los centros de poder mundial el deber ético de solidaridad, para invitar a los pueblos y gobiernos necesitados de ayuda al esfuerzo propio, a la adecuación a las exigencias de la modernidad en la informática, en la técnica, en el campo económico y aun en lo político, para adaptar estructuras y mentalidades al mundo nuevo que está naciendo y hacerlo con una seria preocupación ética.

Los obispos de Cuba nos hemos sentido comprometidos, por el evangelio que Cristo nos ha confiado, a levantar nuestra voz en varias ocasiones durante esta década que nos separa del ENEC, a fin de ejercer nuestra misión profética en momentos de transformaciones en nuestro país. Sabemos que la verdad en los acontecimientos históricos se alcanza con la participación de muchos. No puede haber verdades oficiales ni pueden presentarse en el quehacer propio y autónomo de la política y de la economía verdades eclesiales que tendrían que ser aceptadas por todos como dogmas. Pero los cubanos tenemos que aprender a escucharnos sin rechazos «a priori», para encontrar juntos caminos de verdad, de reconciliación, de solidaridad y de paz. Esa fue la propuesta de los obispos cubanos en nuestro mensaje de septiembre de 1993: *«El amor todo lo espera»*.

El calor con que son recibidas las intervenciones de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, el interés y la atención prestados a sus documentos, son también característicos de estos diez años de vida eclesial que nos separan del ENEC.

Junto con su misión profética, por la cual la Iglesia, inspirada en el Evangelio de Jesucristo, intenta contribuir a la búsqueda de la verdad y al bien general de nuestro pueblo, está su acción de servicio a la sociedad en espíritu de solidaridad y con la característica propia de la caridad cristiana, que es la de servir al hombre y la mujer *concretos* que sufren desnutrición, enfermedad, soledad, prisión o marginación. *«Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, desnudo y te vestimos, enfermo o en la cárcel y te fuimos a ver? Cada vez que lo hicieron a uno de estos pobrecitos, a mí me lo hicieron.»* Este texto de San Mateo en su capítulo 25 es fundante no solo del deber de servir a quien lo necesita, sino del estilo propio de hacerlo: alcanzando al hombre mismo al modo de Jesús, en su propia miseria, como cuando al curar al leproso Cristo puso primero sus manos sobre él.

La Iglesia en Cuba ha tratado, por medio de Caritas Cubana, de crear unas estructuras de servicio solidario a nuestros hermanos. No es a conglomerados humanos a quienes se dirige nuestro actuar; no puede ser solo a instituciones a quienes sirve la Iglesia, aunque estas estén dedicadas al cuidado del enfermo, del anciano, o del que sufre. La Iglesia, que tiene el deber impuesto por su Señor de servir al pobre y al enfermo, y que ha practicado esto siempre y en todo lugar como algo que le es propio, no es una simple agencia canalizadora de fondos para ayuda; tiene que ser, también por mandato de su Señor, una Iglesia actuante junto a la cabecera del enfermo, en la celda del preso, dentro de los hogares necesitados de pan y de armonía.

El amor cristiano, si bien se muestra en obras concretas, exige una personalización que cree relaciones de afecto y hermandad entre los beneficiados y los portadores de la ayuda. El anonimato, la eficacia distributiva y computarizada, generan un paternalismo frío y funcional ajeno al amor cristiano. La acción directa, personal, crea amistad y fraternidad. De estos bienes del espíritu está muy necesitado siempre el que sufre y a los cristianos nos toca ser, por nuestra vocación de discípulos de Jesús, portadores de esos bienes. Por ello, en casi todas las parroquias de Cuba se han organizado en estos últimos años los grupos de Caritas. Por eso, las Caritas Diocesanas, por su parte, y Caritas Cubana, como organismo de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, no cesan de prestar ayuda y de reclamar que el espacio propio de la Iglesia en el servicio y la solidaridad llegue a ser comprendido y facilitado cada vez más por las instancias oficiales.

No se pueden tocar todos los puntos en unas palabras iniciales que pretenden ser más bien puente que recuento. Puente que lleve a esta Iglesia joven, renovada, vivificada por nuevos miembros y confirmada en su espíritu misionero, hasta el año 2000 de la era cristiana, para recibir el tercer milenio del cristianismo con una confesión vibrante de nuestra fe en «*Jesucristo el mismo ayer, hoy y siempre*», concretada en hechos de amor, de servicio y de reconciliación, y en diálogo con todos los que de un modo u otro son responsables de los destinos de nuestro pueblo o se interesan honestamente por nuestro futuro.

Desde el Primer Encuentro Nacional Eclesial, la Iglesia en Cuba fijó claramente su postura con respecto a los hermanos cubanos que viven fuera de nuestro país. Decía el Documento Final del ENEC que, si bien pensamos que el lugar del católico cubano está en nuestra Patria y junto a la Iglesia que anuncia en Cuba a Jesucristo Salvador, respetábamos la opción de muchos hermanos nuestros al partir del país e incluso la comprendíamos, a veces con dolor, porque en ocasiones no se les dejó en Cuba otra posibilidad para ellos y para sus familias. Hoy, que esta lenta sangría de nuestra población continúa y depende a veces del azar, de una rifa, el cambio inesperado y desgarrador de muchas vidas, repetimos el mismo llamado de amor a Cristo y a la Patria.

Sabemos que estos amores están también presentes en los cubanos que viven fuera. Sabemos que, a pesar de voces estridentes y no significativas, la comunidad cubana de Miami, especialmente su mayoría católica, se siente cercana a nuestra Iglesia y busca caminos para estrechar los lazos de amor con los cubanos de aquí.

Creo que ya se va avanzando en esta vía. El nombramiento de un Cardenal cubano por el Papa Juan Pablo II que ha constituido una confirmación del andar de nuestra Iglesia en Cuba y seguirá siendo también un factor de acercamiento y unidad entre todos los cubanos dondequiera que se encuentren.

Miramos hacia el año 2000 con esperanza. Esa esperanza no está hecha de cálculos para mejorías económicas espectaculares, ni se apoya en otros factores humanos. La esperanza cristiana está puesta en Dios, en el Señor de la historia, que conduce nuestras vidas y los acontecimientos todos de la humanidad con absoluto respeto de nuestra libertad, pero haciendo que triunfe siempre el bien: «*No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal*».

Fiados en esta palabra de Jesucristo y confiados en la protección maternal de la Virgen de la Caridad de El Cobre, nuestra Patrona, damos inicio a los trabajos de este Encuentro Conmemorativo

del ENEC. Que el Señor bendiga abundantemente todos estos esfuerzos y a cada uno de los participantes.